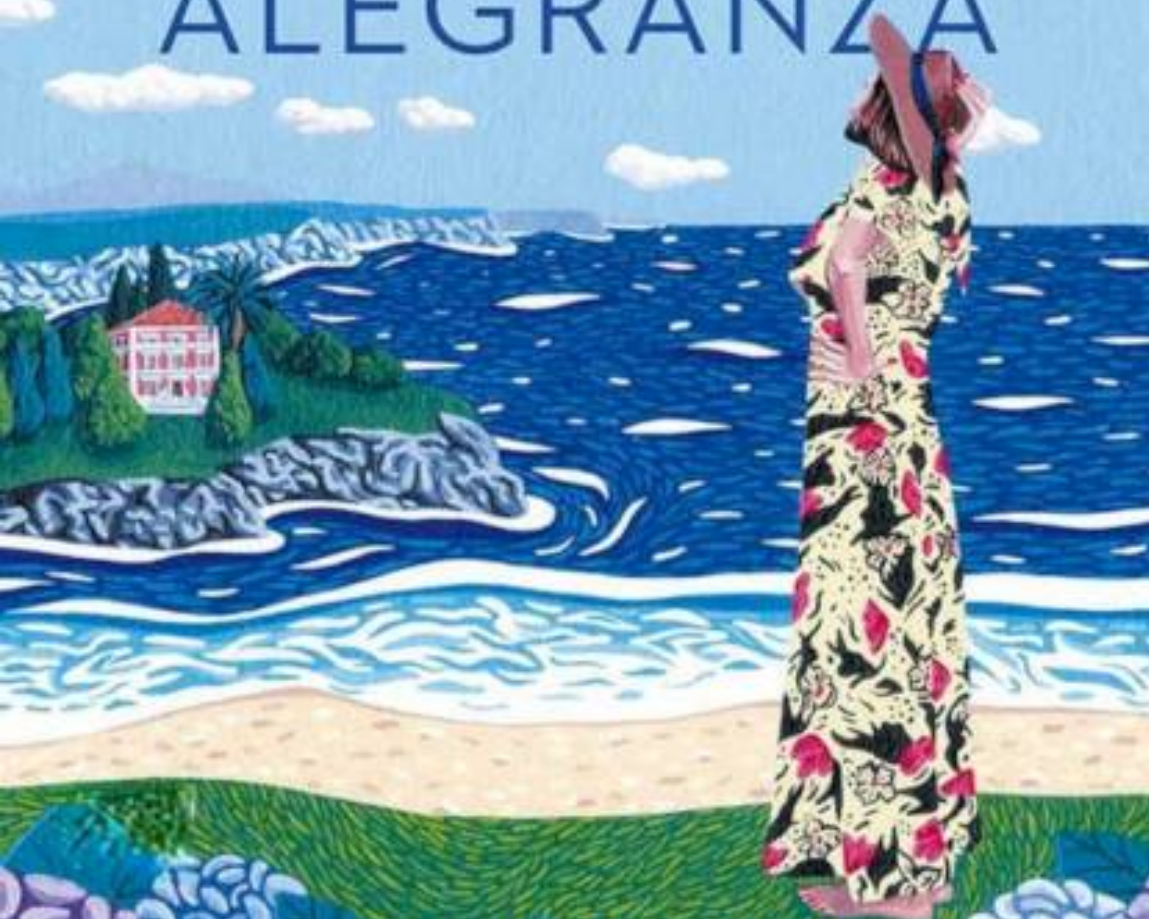


MARÍA FERNÁNDEZ-MIRANDA

EL VERANO QUE VOLVIMOS A ALEGRANZA



Leandra es editora en una revista de moda con sede en Madrid. A sus treinta y cinco años se ha alejado de su marido, ha perdido la ilusión por su trabajo y ha presenciado la muerte de su tía Valentina en circunstancias dramáticas. En busca de respuestas a la crisis existencial en la que se halla inmersa, decide pasar un verano en Alegranza –la casa de indianos que construyó su abuelo Tomás en el pueblo asturiano de Colunga– y aceptar el reto de Jean-Luc Peltier, un prestigioso perfumista al que ha entrevistado: elaborar un perfume que la ayude a definirse a sí misma. Mientras bucea en sus recuerdos de infancia, impregnados de rosa silvestre, hortensia o madreselva, Leandra irá desvelando las distintas capas de secretos que, como los ingredientes de una fragancia, componen la historia de su familia. «Después de la última curva, esa que tantas veces había surfado de pequeña a lomos de mi bicicleta BH con el cesto de mimbre sujeto entre los manillares, apareció ante mí la silueta de Alegranza, la casa familiar que no pisaba desde hacía por lo menos diez años. Aunque había algunas grietas en el muro y el jardín se había vuelto indómito, con la maleza avanzando a su antojo por la escalera de piedra de la entrada, por lo demás se mantenía más o menos como yo la recordaba, imponente y señorial. La misma fachada soberbia, con los balcones en las tres ventanas principales desde los cuales podía verse el mar en los días despejados, y la misma palmera enorme a la derecha, un poco inclinada, en permanente amenaza de precipitarse sobre el tejado. Detrás de la casa se avistaba la sierra del Suevo, en cuyos picos de tonalidades ocres se quedaban prendidas las nubes. No dejaba de ser una ironía que el abuelo Tomás hubiera bautizado esa casona insertada en un paisaje tan asturiano con el nombre de un islote canario. Según me contó una vez tía

Valentina, su padre había viajado en cierta ocasión a Lanzarote y, al contemplar desde lo lejos aquel trozo de apenas diez kilómetros cuadrados de tierra salvaje rodeada de mar, comentó que así se había sentido él al poner rumbo a América: solo y con todo por hacer. Alegranza era su isla conquistada».

Para Anina,
que supo de esta historia
asomada a la playa de Estaño

Creo de verdad que las familias son instituciones perversas, pese a todos los argumentos que se esgrimen a favor de ellas... Incluso en las más inteligentes, como la nuestra, hay muchos vicios que parecen inevitables.

VANESSA BELL, en una carta a su hermana Virginia Woolf, fechada el 26 de diciembre de 1909

PRIMERA PARTE

Me sentía pesada y embotada y defraudada, como me siento siempre el día que sigue al de Navidad, como si lo que prometían las ramas de pino y las velas y los regalos con cintas plateadas y doradas y las fogatas de troncos de abedul y el pavo de Navidad y los villancicos al piano, fuera lo que fuese, no acabara de llegar nunca.

SYLVIA PLATH, *La campana de cristal*

1

Sé que todos empezaron a gritar, pero yo oía sus voces apagadas, como si me hubiera tapado las orejas con ambas manos. Sin embargo, cada músculo de mi cuerpo se había quedado inmóvil, y no podía apartar la vista del cerco de vino tinto que impregnaba el mantel de hilo. Mi tía Constanza –mi dulce, buena y sonriente tía Constanza, mi madrina– acababa de acuchillar en el *office* a mi tía Valentina, su hermana mayor, y yo solo podía concentrarme en resolver cómo limpiaría aquella maldita mancha de vino, porque ese mantel de la abuela formaba parte de mi herencia y me parecía tremendamente injusto que se fuera a echar a perder.

La mente, qué cosa tan extraña.

Y así fue como acabó nuestra cena de Nochebuena de 2018.

2

Supongo que fue entonces, en el momento en el que se produjeron los gritos, cuando dejamos de ser una familia normal. Aunque probablemente nunca lo habíamos sido, pero en aquel instante dejamos de aparentarlo.

Tengo recuerdos confusos de lo que sucedió después.

Lo que sí sé es que de repente estábamos en boca de todos. Ni siquiera el hecho de que el abuelo Tomás hubiera sido el fundador del periódico con más solera de la provincia nos libró de la humillación de aparecer en su primera página durante varios días seguidos. Me veía a mí misma en aquellas fotos, escondida tras unas gafas oscuras en el funeral que se celebró cinco días después en la catedral de Oviedo, y no era capaz de entender cómo había acabado formando parte de una situación tan estrambótica. Fue en esas páginas con olor a viejo de *El Norte* donde pude encajar las piezas de lo que había ocurrido, porque en mi cabeza solo guardaba imágenes inconexas: los restos del volován de gambas esparcidos en mi plato, la silla del tío Evaristo cayendo al suelo mientras él se levantaba precipitadamente para correr hacia la cocina y, sobre todo, esa mancha de vino en el centro del mantel.

Los redactores de aquel diario que el abuelo había puesto en marcha a mediados del siglo pasado, ávidos por exprimir las historias cercanas, volcaron todos sus esfuerzos en servir el culebrón en bandeja a sus lectores, cosa que, por otro lado, yo misma hubiera hecho si en vez de trabajar en una revista de moda hubiese seguido la senda del periodismo a pie de calle. Incluso una infografía de nuestra cena de Nochebuena publicaron, como si fuéramos aves extrañas cuyo comportamiento hubiera que

etiquetar. De ese modo, los ovetenses, aburridos en una ciudad que cada vez tenía menos fuelle, pudieron entretenerse analizando en qué orden nos habíamos sentado la noche de autos: en sendas cabeceras, tía Rita y tía Valentina; en un lateral, tía Constanza, siempre esquinada, junto al marido de Valentina, Evaristo; frente a ellos dos, mi prima Berta y yo.

Todos en el salón presidido por un cuadro que retrataba a los abuelos, Tomás y Covadonga, los patriarcas del clan De la Vega, quienes, por suerte para ellos, ya llevaban unos cuantos años criando malvas.

3

Al octavo día recibí una llamada de Álvaro. Era 1 de enero de 2019, las calles habían amanecido silenciosas, como conteniendo la respiración ante lo que estaba por llegar, y yo me encontraba viviendo el inicio de año más raro de toda mi existencia.

—¿Cómo estás?

Llegué a pensar que ya no llamaría.

Habían pasado seis meses desde nuestra ruptura. Después de solo dos años casados, fui yo quien tomó aquella decisión que nadie entendió, ni siquiera yo misma. Fue un sábado de julio, de esas mañanas en las que Madrid se vuelve irrespirable por culpa del calor y la gente se arrastra por las calles en busca de una brisa que no brota de ninguna parte. Él me anunció que tenía que acercarse al despacho para resolver un asunto urgente y yo le advertí que cuando regresara no me encontraría en casa. A pesar de que a ninguno de los dos se nos había pasado esa especie de resaca que dejan las discusiones fuertes, pensó que mi aviso era un farol, acostumbrado como estaba ya por aquel entonces a mis salidas melodramáticas. Sin embargo, en cuanto cerró la puerta me levanté del sofá, cogí una maleta pequeña, metí en ella un par de vestidos, el cepillo de dientes y algo de ropa interior, me colgué el bolso en bandolera y me largué, sin apenas poder creerme que fuera capaz de hacerlo. Elegir el lugar en el que refugiarme constituyó la parte más sencilla de mi huida: la joven inquilina de mi piso de soltera acababa de dejarlo para regresar a casa de sus padres después de que no le renovaran el contrato que le había abierto las puertas a la

independencia, de modo que me instalé allí, tras el balconcito con geranios y vistas a la plaza de Olavide. Al día siguiente mandé una pequeña furgoneta de mudanzas a la casa de Pozuelo que compartía con Álvaro para que recogiera el resto de mi ropa y mi colección de perfumes; por el momento no necesitaba nada más para sobrevivir.

De vuelta en mi antiguo piso del barrio de Chamberí me reencontré conmigo misma, con las cosas que siempre me habían reconfortado: las sillas pintadas de azul, la nevera con la puerta roja, la estantería hecha con mis propias manos durante una Semana Santa de tedio. Mi otra casa, la de decoración minimalista y colores neutros que había ocupado desde meses antes de casarme, era en realidad la casa de Álvaro y en ella resultaba imposible detectar un solo rasgo de mi personalidad. Si ni siquiera soportaba vivir a las afueras de Madrid... A pesar de lo aliviada que me sentí inicialmente al instalarme de nuevo en mis dominios, esperé que él viniera a buscarme, no sé si por orgullo o por amor o por miedo a cerrar una puerta para siempre. Aunque nuestros encontronazos eran cada vez más frecuentes y despiadados, nunca habíamos llegado a pronunciar, ninguno de los dos, la palabra «divorcio», como si así pudiéramos protegernos de los desenlaces definitivos, porque lo que no se dice en voz alta no existe. Asomada al balcón en aquel primer día de mi fuga matrimonial, practiqué el mismo juego de pensamiento mágico que llevaba ejercitando toda la vida, desde que era pequeña y buscaba pistas de lo que sería mi futuro escogiendo letras aleatorias de la etiqueta nutricional del ColaCao y luego juntándolas hasta que formaran una palabra que encerrara una señal. «Si ese pájaro se posa en aquella rama, Álvaro llamará al timbre», me dije esta vez. Y el pájaro salió volando hasta perderse de mi vista.

En la oficina no conté nada de mi repentino cambio de estado civil. Mis compañeras me habrían abrazado, así que preferí ahorrarme el contacto físico. Esa era una de las

cosas que más odiaba de trabajar en una redacción enteramente integrada por mujeres: que siempre había contacto físico. Si era tu cumpleaños, te besaban; si volvías de vacaciones, te cogían del hombro y te acompañaban a prepararte un café; si recibías una mala noticia, te abrazaban. Trabajar en la redacción de una revista de moda era lo más parecido a vivir eternamente atrapada en un *high school* norteamericano. Por eso yo, celosa de mi intimidad, había seguido actuando como siempre, sin contar que mi marido había pasado a convertirse en mi ex.

Y ese ex estaba ahora al otro lado del teléfono.

Aunque traté de evitarlo con todas mis fuerzas, me eché a llorar.

–No entiendo qué ha pasado, Álvaro –acerté a decir entre hipidos–. Fue todo tan rápido... Estaba allí, pero no sabría explicarte cómo sucedió. Mi tía Constanza, tú la conoces, tan buena y pacífica, haciendo algo tan terrible...

Silencio al otro lado.

Si había algo que él no podía manejar, era el llanto ajeno. Le producía el mismo pudor que le supondría tener que ver a su propia madre desnuda. Álvaro podía afrontar los más graves conflictos laborales en el bufete de abogados del que era socio, pero le resultaba imposible ofrecer una respuesta empática a mis lágrimas.

Carraspeó y me lo supuse empujando hacia arriba la montura de sus gafas, que siempre se le deslizaban por la nariz.

–Bueno, Leandra, ya sabes que puedo ayudar a tu familia en cualquier cosa legal que necesitéis. ¿Quieres que vaya a Oviedo? Cojo el coche ahora mismo y en cuatro horas estoy allí. No me cuesta nada.

Cualquier cosa legal. Muy típico de él: las emociones bien atadas, no se fueran a desbocar. Todo lo contrario que yo, que las llevaba desbocadas de serie.

Siempre había oído que hay tres situaciones especialmente estresantes para el ser humano: una separación, una mudanza y el fallecimiento de alguien cercano. En mi caso, había ido pasando por todas ellas como si fueran las etapas de una gincana endemoniada, lo cual era aún más grave teniendo en cuenta mi carencia absoluta de inteligencia emocional, unida al gen de la locura que me acechaba, por vía materna, desde el día de mi nacimiento. Además, hacía meses que sentía que me faltaba el aire, y eso que yo misma consideraba una metáfora de mi momento vital se había materializado en algo físico.

–El diafragma es un músculo más y lo tienes bloqueado, de la misma manera que te aparecen contracturas en las cervicales por culpa del estrés –me había explicado mi fisioterapeuta.

Y ahora, mientras hablaba con Álvaro, mi cabeza me mostraba imágenes de mi diafragma cerrándose como una compuerta.

–No, no hace falta que vengas, quédate en Madrid. Gracias por llamar.

Y colgué.

4

Catorce días después de que mi tía Constanza hubiera acuchillado en el *office* a mi tía Valentina regresé a Madrid. Llegué en el último avión de la noche, con el frío medido en el cuerpo y una sensación de irrealidad que temía que fuera a acompañarme el resto de mi vida.

A la mañana siguiente me desperté sobresaltada, incapaz de calcular si había dormido durante horas o si apenas me había quedado traspuesta unos minutos. La casa estaba silenciosa y oscura. Estiré el brazo para palpar la mesilla de noche y asegurarme de que el blíster con ansiolíticos seguía ahí, preparado para socorrerme si dejaba de respirar. Volví a visualizar mi diafragma bloqueado al tener la certeza de que no había nadie junto a mí en la cama, pero tampoco en el salón, ni en la cocina, ni en el cuarto de baño. Nadie. Estaba sola porque yo lo había decidido así, pero el efecto que me provocaba esa soledad era muy parecido al que me invadía cada vez que tenía que hacer un viaje largo por carretera: la desazón, las ganas de vomitar, el mal cuerpo como de haber pasado la noche de copas. Encendí la luz y me quedé contemplando el ventilador detenido, un hermoso aparato de madera y metal que nunca conectaba porque, en algún momento que no era capaz de recordar, había llegado a la conclusión de que existían altas probabilidades de que una de sus aspas se desprendiera y me rebanara el cuello.

Apoyé los pies sobre la madera templada y abandoné la cama. Subí la persiana: aún no había amanecido allá fuera. Volví a acercarme a las sábanas arrugadas para buscar el móvil, escondido debajo de la almohada, y consulté el reloj. Las cuatro. Me faltaban dos horas de sueño para

llegar a las seis que permitían a mi cabeza funcionar con normalidad, pero qué le íbamos a hacer: tampoco es que mi trabajo requiriera de una mente prodigiosa, porque la fatuidad se había instalado en la revista y más valía, en los tiempos que corrían, ser mediocre que despuntar.

Al llegar al majestuoso edificio de la editorial en la que trabajaba desde hacía ocho años saludé a la recepcionista, una veinteañera pelirroja que solía llevar las uñas pintadas de colores flúor y la sonrisa perenne en el rostro, y subí andando los cuatro pisos que me separaban de la redacción. Se ubicaba en una planta luminosa, con grandes murales de portadas colgados de las paredes desde las cuales sonreían mujeres pluscuamperfectas gracias a su genética privilegiada y la valiosa ayuda de Photoshop. Resultaba paradójico que una compañía dedicada a vender belleza escondiera tanta fealdad dentro, que a pesar de comercializar sueños funcionara en la práctica como una eficaz trituradora de ilusiones. Pensé con nostalgia en lo mucho que me había inspirado mi trabajo en otros tiempos y casi me sorprendió darme cuenta, una vez más, del hastío que me causaba ahora saber que lo que hacía no servía para nada. Aunque seguramente el problema estaba dentro de mí y no en aquella empresa, porque así era como me sentía por aquel entonces en relación a mi vida en general: qué hago aquí, cuál es el fin de todo esto.

Mi vínculo con el periodismo había llegado a modo de romance intenso pero tardío. De adolescente yo quería ser Marie Curie, la primera mujer en ganar un Premio Nobel, aunque no era el Nobel lo que me atraía de la polaca sino su cualidad de *rara avis*, de persona que parece estar ocupando un lugar que no le pertenece, en su caso el de la ciencia del más alto nivel, que en su época era por supuesto un terreno limitado a los hombres. De manera que estudié Química y, meses después de terminar esa carrera con muy buenas notas, me matriculé en Periodismo por-